

Fundación Antonio Núñez Jiménez  
La Habana, 25 de abril de 2013

Y seminario Miradas Contemporáneas  
del Doctorado Interinstitucional en Educación  
Bogotá, 17 de mayo de 2013

## Capítulo 3

# Comprender, luchar, amar: la vida y el pensamiento de Paco Fernández Buey (1943-2012)

**Jorge Riechmann**

Universidad Autónoma de Barcelona  
jorge.riechmann@uam.es

### Solo un breve instante aquí

Paco Fernández Buey es el autor de *La barbarie: de ellos y de los nuestros*, así como de ese impresionante «discurso del indio metropolitano» titulado *La gran perturbación*. Pocos autores españoles han indagado tan lúcidamente como él en la obra del gran Bartolomé de las Casas, aquel fraile dominico del siglo XVI que, con inigualable radicalidad, formuló la primera gran autocrítica del eurocentrismo –y su deriva genocida– en los albores de la modernidad. Por eso, a alguien tan cercano a las culturas de los vencidos como nuestro Paco no le hubiera disgustado que al comienzo de estas palabras de evocación recordásemos unos versos amerindios. Un poema indígena de la altiplanicie de México dice:

*¿Acaso es verdad que se vive en la tierra? / ¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí!// Hasta las piedras finas se resquebrajan, / hasta el oro se destroza, hasta las plumas preciosas se desgarran// ¿Acaso para siempre en la tierra? ¡Sólo un breve instante aquí! (Garibay, A. M., 1962, p. 132).*

Solo un breve instante aquí. Unos versos de Catulo, el poeta romano, dicen: «Los soles pueden ponerse y salir de nuevo.../ Pero para nosotros, cuando esta breve luz se ponga/ no habrá más que una noche eterna, que debe ser dormida.» La lumbre que puede encenderse en esa «noche eterna» es la memoria de quienes testimonian que los esfuerzos del muerto no fueron baldíos. La generosa y fecunda vida de Paco ha durado desde el 4 de junio de 1943 hasta el 25 de agosto de 2012. Apenas un año antes, en el verano de 2011, había muerto Neus Porta, su excepcional esposa, a quien Paco estuvo unido durante decenios por el vínculo sagrado de compañeros de vida.

«Con cantos cortaron el flujo de la sangre», dice un verso de la *Odisea* –en el canto XIX–, la sangre que manaba de la herida infligida por un jabalí al niño Ulises. Ojalá los cantos de los poetas, a quienes Paco tanto amaba, a quienes ha seguido leyendo hasta el final de sus días –los versos de Ernesto Cardenal o Antonio Gamoneda le acompañaron en el tramo final de su enfermedad–, hubieran podido cortar el flujo de la sangre. Ojalá hubieran podido auxiliar más decisivamente a las quimioterapias y radioterapias, con algo más que esa débil invencibilidad que es propia de los poemas. Pero no estamos para siempre en la Tierra, como decía el cantor amerindio: solo un breve instante aquí.

## Era un sabio

Paco Fernández Buey pertenecía a esa rara clase de personas a quienes uno puede acudir para recibir un buen consejo, tanto si tiene problemas de pareja como si busca orientación política para los esfuerzos de los movimientos sociales que tratan de transformar este, nuestro mundo, cada vez más «grande y terrible», por emplear el lúcido par de adjetivos de Antonio Gramsci (uno de los pensadores marxistas que Paco nos enseñó a leer mejor)<sup>1</sup>. En tres palabras: era un sabio, este pensador español nacido en Palencia (de padre gallego y madre castellana) y luego recriado en Barcelona (con maestros como Manuel Sacristán, José María Valverde o Emilio Lledó). Y cuando murió estaba en la plenitud de su inteligencia –de sus diversas clases de inteligencia–. Por eso, la pérdida que hemos sufrido desde el pasado 25 de agosto de 2012 nos abruma... Paco Fernández Buey era

1 Véanse, por ejemplo, sus *Ensayos sobre Gramsci* (Materiales, Barcelona 1978) o *Leyendo a Gramsci* (Los Libros del Viejo Topo, Barcelona 2001).

una persona verdaderamente insustituible: como profesor, como intelectual, como militante, como crítico cultural, como amigo.

Una de las primeras personas que me habló directamente de Paco Fernández Buey –a quien yo seguía, como otra gente en España, a través de sus artículos en *Mientras tanto* y en otras publicaciones–, a mediados de los años ochenta, fue el sociólogo Antonio Izquierdo Escribano, el único redactor de la revista *rojiverde-violeta* que vivía entonces en Madrid. Recuerdo las palabras que nos dijo –a algunos amigos y a mí– en su vivienda de Las Matas, alguna noche de 1986 o 1987: «es que Paco... es mucho Paco». No se trata solo de un intelectual brillante, venía a decir Antonio, si se me permiten traducirle un poco, tanto tiempo después; no es solo un pensador profundo; no es solo un analista y dirigente político capaz; es además una de esas muy escasas personas cuya integridad moral nos da testimonio de lo que el ser humano puede llegar a ser, aunque la mayoría de nosotros, casi siempre, no estemos a la altura de nosotros mismos.

## **Su conexión con los otros, su saber escuchar, y la horizontalidad docente-discente**

Cuando alguien como Paco ha sido maestro de tanta gente durante tantos años –en Castilla la Vieja, en Cataluña, en otras tierras hispanas, en América Latina, en Italia–, cuando ha sembrado tanta semilla fértil desde la militancia por la justicia y desde la cátedra universitaria, desde las asambleas políticas y desde las páginas de los libros, es muchísima la orfandad que deja una muerte así. Yo soy uno de esos huérfanos. Paco fue también para mí un maestro: he de decir que yo no sería la persona que soy si, hace un cuarto de siglo, no hubiera encontrado a Paco Fernández Buey.

Si no falla mi registro, nos vimos en persona por vez primera el sábado 19 de marzo de 1988. Habíamos viajado desde Madrid a Valladolid ex profeso, para visitarle, varios amigos y amigas, quienes por entonces formábamos un colectivo laxo de interesados en política y filosofía –a mí me gustaba llamarlo REDROPELO–, y que desde algunos años antes buscábamos una orientación anticapitalista y ecologista en Manuel Sacristán y en la revista «roji-verde-violeta» *Mientras tanto* (que Sacristán y Giulia Adinolfi, con la ayuda de algunos jóvenes amigos y colaboradores, fundaron en 1979). Paco era entonces profesor en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad de Valladolid. Lo había

sido antes en la Universidad de Barcelona, lo sería después en la Universitat Pompeu Fabra. Pertenecía aproximadamente a la generación de mis padres; y siendo maestro mío, la relación entre los dos iba a tener necesariamente algo de paterno-filial. Pero ese padre supo ser, desde el comienzo mismo de nuestro vínculo, al mismo tiempo un hermano mayor. El desnivel en conocimiento, experiencia y calidad humana, se convertía, por obra de su generosidad, en llana comunicación entre iguales. Esto es infrecuente y admirable, y como sé que lo han vivido otros y otras en su vínculo con Paco, no quiero dejar de consignarlo. Su doctorando y cercano colaborador de estos últimos años en la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona, Jordi Mir, recoge que la temprana relación de Paco Fernández Buey con uno de sus maestros, Xesús Alonso Montero, ya situaba la relación entre profesor y estudiante en estos términos:

*Una relación próxima no está reñida con el rigor intelectual. La necesidad de autoridad y disciplina no se impone por la disciplina, por el procedimiento del ‘orden y mando’. La clave está en el razonar y argumentar escuchando. Siempre escuchando, dando razones y estando dispuesto a revisar las propias. A los estudiantes hay que hacerles ver y nos hacen ver, no hay lugar para la imposición. Hay que tratar de enseñarles a pensar con su propia cabeza (Mir, J., 2013, p. 72).*

Si de Paco podemos decir –como sugerí antes– que era un sabio, es también por la clase de vínculo que establecía con su interlocutor o interlocutora en cada diálogo: por la calidad de su escucha. Lo menciona un grupo de mujeres feministas de Barcelona que compartió con él luchas y reflexiones desde la revista *En pie de paz* (fundada en 1986):

*Percibías su atención. Atención a ti sólo por el hecho de estar. Su estar atento era más que atender a las palabras. Paco ejercía la escucha a lo no dicho. (...) Al rememorar la experiencia de la relación con Paco hoy, nos damos cuenta de que esta forma de ponerse en relación con otras y otros se halla en el centro de su compromiso político-moral. Paco, como Gramsci, sabía que no se puede amar a la humanidad sin amar a las personas concretas. En ese amar a las personas concretas residía, probablemente, su inequívoco estar del lado y al lado de los desposeídos (Grau, E., Ibáñez, V. y Ribera, I., 2013, p. 68).*

## Renovación comunista

Paco ha representado lo mejor del comunismo en España, este, nuestro país de países, en su diálogo con las demás tradiciones de emancipación. El marxismo abierto de Manuel Sacristán, que desde los sesenta cuestionó el cierre auto-destructivo del pseudosocialismo adjetivado «realmente existente», y desde los setenta asumió el profundo cambio de coordenadas que representaban la crisis socioecológica global, la deriva exterminista de la civilización industrial capitalista y el nuevo movimiento de liberación de las mujeres; ese marxismo abierto y autocrítico tuvo en Paco a su mejor discípulo. Pero, para la gente de mi generación, Manuel Sacristán, prematuramente desaparecido en el verano de 1985, no fue «Manolo». Y Francisco Fernández Buey fue, desde que lo conocimos, «Paco».

Lo fue para mí personalmente. Iniciamos una colaboración que, en los años noventa, se tradujo en tres libros que escribimos a medias. El primero fue *Redes que dan libertad* (1994), una aproximación a los llamados «nuevos» movimientos sociales (ecologismo, pacifismo, feminismo) que tuvo cierto carácter pionero en España. En el prólogo al libro escribíamos Paco y yo que:

*el contenido cultural principal de los nuevos movimientos es la conciencia de los límites civilizatorios alcanzados por las sociedades modernas en su continuada expansión. La racionalidad de las sociedades industriales (manifestada en fenómenos como la expansión de la burocracia racional –en el sentido weberiano– y la economía) ha alcanzado límites en los que se torna contraproducente, la prosperidad material desigualmente repartida engendra una destructividad cada vez mayor. Las fuerzas productivas son siempre simultáneamente (pero ahora en grado creciente) fuerzas destructivas. ‘Progreso’ y prosperidad acarrear consecuencias poco halagüeñas: riesgos tecnológicos acrecentados para la salud humana y el medio ambiente natural, restricciones burocráticas a la autonomía individual y límites a la participación democrática...*

El segundo de estos tres libros fue *Ni tribunos* (1996), un intento de reflexión (auto)crítica tras la debacle del llamado «socialismo realmente existente», tratando de reorientar las fuerzas de emancipación en un sentido explícitamente ecosocialista. Por último, abordamos la enorme cuestión del trabajo humano en su relación con el medio ambiente en *Trabajar sin destruir* (1998).

## Marx sin ismos

Luigi Nono podía metaforizar en su *Prometeo* la construcción del Hombre Nuevo en el crisol alquímico de la revolución comunista. El marxismo –ya desde el propio Marx– tuvo siempre un alma romántica un poco desbordada, o más que un poco, es cierto. Claro que no se trata de su única alma... Brecht, más cachazudo pero no menos marxista que Nono, podría sonreír: el hombre nuevo no es más que el hombre viejo en situaciones nuevas.

En 1979, Manuel Sacristán reclamaba un cambio político-cultural importante para la izquierda comunista: abandonar la escatología.

*La principal conversión que los condicionamientos ecológicos proponen al pensamiento revolucionario consiste en abandonar la espera del Juicio Final, el utopismo, la escatología, deshacerse de milenarismo. Milenarismo es creerse que la Revolución Social es la plenitud de los tiempos, un evento a partir del cual quedarán resueltas todas las tensiones entre las personas y entre éstas y la naturaleza (...). La actitud escatológica se encuentra en todas las corrientes de la izquierda revolucionaria (...) [y] se basa en la comprensión de la dialéctica real como proceso en el que se terminan todas las tensiones o contradicciones. Lo que hemos aprendido sobre el planeta Tierra confirma la necesidad (que siempre existió) de evitar esa visión quiliástica de un futuro paraíso armonioso.*

Se presenta así una tarea compleja a los movimientos sociales que luchan por la supervivencia y la emancipación:

*Por el modo como hemos aprendido finalmente a mirar a la Tierra, sabemos que el agente no puede tener por tarea fundamental el «liberar las fuerzas productivas de la sociedad» supuestamente aherrojadas por el capitalismo (...). Por otro lado, la tarea fundamental del agente revolucionario no puede consistir tampoco en coartar, sin más complicaciones, las fuerzas productivas (...). Esta complejidad de lo que tiene que hacer el sujeto revolucionario (...) conlleva un cambio de la imagen tradicional del agente. (...) A juzgar por la complicación de la tarea fundamental descrita, la operación del agente revolucionario tendrá que describirse de un modo mucho menos fáustico y más inspirado en normas de conducta de tradición arcaica. Tan arcaica, que se puede resumir en una de las sentencias de Delfos: «De nada en demasía» (...). De modo que si esta reflexión no está completamente equivocada, deberemos proponernos*

*la inversión de algunos valores de la tradición revolucionaria moderna (Sacristán, M., 1987, pp. 12-13).*

*Marx (sin ismos)* (Fernández Buey, F., 1998), nos sugería Paco Fernández Buey; y además, insistamos sobre ello, marxismos (en plural) sin mitos. El mito marxista –resume Kenneth Rexroth– sería:

*una escatología final: el fuego de la revolución, el juicio de la dictadura del proletariado y el terror, la Segunda Venida, cuando la Edad de Oro del comunismo primitivo regrese para ser glorificada de modo inimaginable en un nuevo reino de amor fraternal y divinización del hombre.*

Pero Manuel Sacristán y Paco Fernández Buey –entre otros y otras– nos enseñaron, precisamente, un marxismo bastante limpio de tentaciones escatológicas. Nada de parusías milenaristas, sino un marxismo descreído de automatismos históricos, libre de teleología revolucionaria, y muy cercano a esa concepción trágica de la vida que el anarquista Rexroth considera veraz (y yo comparto esa consideración).

## El aliento utópico

Me gustaría evocar una anécdota que narra Paco Fernández Buey en una entrevista publicada en el número 119 de *Mientras tanto*, monográfico sobre el pensador que nos dejó en agosto de 2012. Cuando estudiaba filosofía en Barcelona, Paco tuvo que exponer ante su profesor José María Valverde el concepto de alienación. Al terminar, aquel sabio catedrático, no sin cierto retintín irónico, preguntó al Fernández Buey estudiante: «Oye, Paco, tú crees que una cosa tan gorda, tan gorda como la alienación humana ¿se puede superar con algún régimen político?» Y el futuro autor de *La gran perturbación* comenta: «Yo me cabré mucho, porque veía clarísimo que sí. Pero [Valverde] tenía razón, era la pregunta del millón, claro, evidentemente algo tan serio como la alienación humana no puede superarse con ningún régimen político».

Valverde –y el Paco Fernández Buey maduro– tienen razón: debemos desprendernos de la ilusión de una sociedad transparente, donde los vínculos sociales fuesen inmediatamente legibles para todas y todos los vinculados. Incluso, si llega a existir una sociedad justa y sustentable que podamos llamar comunista, o ecosocialista, o ecofeminista, persistirán en ella conflictos, errores, sufrimientos,

desamparos, tragedias y alienaciones. Pero –y en esto debemos insistir ahora– *ello no es razón para cejar en la lucha por hacer retroceder las alienaciones concretas que hoy nos deforman*. No da lo mismo ocho que ochenta. Que la idea de sociedad desalienada sea una idea regulativa, que nos sirva para orientar nuestros esfuerzos aunque no podamos nunca realizarla de forma cabal, no disminuye un ápice su valor: al contrario. «No alcanzamos lo imposible», decía René Char, «pero nos sirve como linterna». (Quizá los empeños humanos más importantes son precisamente empeños imposibles. No podemos amar al extraño, no podemos educar para la autonomía al infante, no podemos ser de verdad libres: pero en ese empeño se cifra la dignidad humana. Más de una vez he encarecido la importancia de esa categoría crucial: lo *necesario imposible*.) Hacia ahí apunta también Manuel Sacristán cuando se refiere a «las muchas asíntotas que parecen ser la descripción más adecuada de la vida humana» (Sacristán, M., 1963, 1985, p. 49).

Paco Fernández Buey dedicó un libro excelente al estudio de las utopías y el pensamiento utópico (*Utopías e ilusiones naturales*, 2007), concluyendo que la utopía, a comienzos del siglo XXI, «ha vuelto de la mano de lo que hoy se llama *movimiento de movimientos*. De manera que tal vez se pueda decir que después de los desastres del siglo XX la utopía ha perdido su inocencia, pero no su vigencia». Recobro de esa reflexión dos importantes advertencias sobre aquello que no hay que dejar en manos de los de arriba. En primer lugar, decía Paco, no hay que dejarles a los de arriba la definición de las palabras. La capacidad de nombrar y renombrar, de acercarnos al nombre verdadero de las cosas, resulta esencial para conocer y para cambiar el mundo: de ahí las luchas enconadas alrededor de nociones como *utopía*, *sostenibilidad* o *democracia*. La segunda cosa que no se puede dejar en manos de los de arriba, advertía Paco Fernández Buey, es la ciencia, contraponiéndola a la utopía. Pues renunciar a la ciencia para quedarse con la mera utopía puede ser moralmente sanísimo (sobre todo en esta época de amplio reconocimiento de los peligros de la tecnociencia), pero acaba siendo políticamente contraproducente (desde esa política que Sacristán y Fernández Buey concebían como *ética de lo colectivo*).

## Aproximación biográfica en tres momentos

Un texto suyo de 1989 –luego reescrito e incorporado al resto de sus análisis sobre la universidad española en el libro *Por una universidad democrática*– nos acerca al joven dirigente estudiantil que Paco fue en los años sesenta:



*Éramos [en la Universidad de Barcelona], salvo en la Facultad de Letras, mayoritariamente varones, con el orgullo varonil típico de los aspirantes a intelectuales en este país antes de los primeros brotes del movimiento feminista organizado; éramos (con pocas excepciones) hijos de burgueses, funcionarios y asimilados, sin excesiva mala conciencia todavía, demócratas con la creencia de que la democracia era algo más que la representación indirecta; nos atraía el existencialismo, pero ya sabíamos que Martin Heidegger era un reaccionario, por lo que generalmente preferíamos el otro existencialismo, el de los franceses, y también las canciones de los cantautores franceses, porque hablaban de libertad y de resistencia en un tono melancólico que no parecía excluir la épica, empezábamos a descubrir entonces las modernas técnicas sexuales conductistas que llegaban de tapadillo desde América a nuestras librerías, y, con ellas, descubrimos también nuestra ignorante ‘anormalidad’ cada vez que las respuestas a los estímulos, en aquel sexo-de-los-botones, diferían de las explicaciones del libro de los libros; éramos serios en el estudio y convencionales en el vestir: teníamos todavía poco que oponer a nuestros padres; pasábamos largas horas charlando, borrando mitos del pasado y creando mitos para el futuro; y apenas si teníamos cultura política, porque nadie o casi nadie se atrevía a transmitírnosla, de modo que confiábamos más en las personas que en las organizaciones; nos sentíamos solidarios de los obreros, pero conocíamos mal la vida de la clase obrera; mirábamos hacia Argelia y Cuba más que hacia Moscú, y hacia Francia o Italia más que hacia EEUU, cuando se nos pedían modelos; y nuestros marxistas –cuando eran lecturas marxistas lo que buscábamos– fueron, por suerte, Sacristán y Gorz, Lukács y Lefebvre, Brecht y Bloch, Schaff y Gramsci, Lenin y Marcuse; seguramente no distinguíamos entre ortodoxia y heterodoxia, lo cual nos fue muy útil. Queríamos, desde luego, otra universidad: una universidad abierta a todos los estudiantes capacitados, sin barreras clasistas, al servicio de la sociedad, que proporcionara una adecuada formación científica y técnica a la altura de las necesidades sociales, que contribuyera al desarrollo de una cultura plural, en la que se garantizara la libre discusión y circulación de las ideas, donde se respetaran las diferencias lingüísticas propias de un estado multinacional (Fernández Buey, F., 2009, pp. 125-126).*

Este era el Paco veinteañero, hablando en nombre de aquella generación de luchadores universitarios que en los sesenta y setenta dieron lo mejor de sí mismos

por la transformación antifascista y democrática de España. Hay que recordar aquí que Paco Fernández Buey empezó a estudiar Filosofía en la Universidad de Barcelona en 1961; en 1962 fue a sus dos primeras manifestaciones, con el considerable riesgo personal que ello comportaba bajo la dictadura clerical-fascista de Franco (se trató de sendas manifestaciones en solidaridad con las luchas mineras en Asturias, y en protesta contra el asesinato del dirigente comunista Julián Grimau); en 1963 ingresó en la organización universitaria del PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña); y en 1965-66 fue uno de los creadores del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona, la más interesante experiencia de resistencia democrática en la universidad franquista. Por ello, Paco pagó su precio: fue detenido tres veces en 1966, pasó algunas semanas en la cárcel Modelo, le expedientaron durante tres años, le privaron de su beca, le mandaron al Sáhara a hacer el servicio militar en un batallón de castigo y no pudo terminar su Licenciatura en Filosofía hasta el curso 1971-72 (eso sí, con premio extraordinario). Paco evocó el momento álgido de aquella rebelión duramente reprimida en los siguientes términos:

*Para mí el curso 1965-66 empezaba así: con [Manuel] Sacristán en la calle [expulsado de la universidad] y [José María Valverde] yéndose por lo de la compañía solidaria. Sin ética ni estética, el curso universitario de 1966 sólo podía ser monotonía o rebelión. Fue rebelión. (...) Así dejé de ser una joven promesa de la filosofía licenciada barcelonesa y contesté que sí a lo de arrimar el hombro a la creación del Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona. Alguien me dijo luego, en los mingitorios de la Facultad de Letras: ‘La has parido’. Efectivamente, la parí: ya no iba a ser el pingo almidonado que pude ser cuando tenía 23 años (en Corominas, A., 2013, p. 41).*

Veamos –en un segundo momento– al Paco treintañero a través de Vera Sacristán, la hija del maestro de Paco y de Giulia Adinolfi, quien lo trató en la intimidad desde niña. Evocaba así a nuestro amigo en unas líneas que le hizo llegar con ocasión de su sexagésimo cumpleaños, en 2003:

*Veraneos en Puigcerdà. Neus tomaba vitaminas, todas las letras del abecedario y algunas, incluso diferenciadas con números. Paco cocinando. Las tortillas de patatas de Paco (en mi casa sólo se comían las suyas). Tertulias en la galería. Paseos. Paco acompañando a Manolo de excursión, en bicicleta y a pie. Paco conversando con Giulia. Creo que Paco*

*fue de las muy escasas personas capaces de llegarle al alma a Manolo y a Giulia a la vez.*

*Tossa. Giulia divirtiéndose jugando a cartas con la familia de Paco. La madre de Paco comiéndose siempre el pan seco del día anterior. Y una tienda de ropa hippy en la que vi una falda y una camiseta que me encantaron. Pobre Paco: Giulia fingió durante semanas que Paco se había despistado y había sido incapaz de decirle qué falda y qué camiseta eran. Aparecieron ambas el día de mi cumpleaños, claro.*

*(...) Y entonces Giulia se puso enferma. Sus conversaciones con Paco. (...) Giulia eligiendo un recuerdo para Paco. Manolo de negro. Mientras tanto. El centenario de Marx. (...) Paco hecho polvo cuando le pedí que redactara la esquila de Manolo. Paco en el entierro de Manolo. Paco seleccionando textos en la muerte del hijo de Guillermo.*

*Y ahora Paco en la Pompeu, Paco ayudando a Salva, Paco siempre con un pie en un avión, dando una charla, redactando un texto... Paco hablando con orgullo de Eloi.*

*Un Paco público y un Paco privado que son una única cosa. Un tipo incansable. Más moral que el alcoyano. Una presencia que acompaña y acoge (y eso que se supone que los castellanos son secos). Casi toda mi vida.*

Hasta aquí Vera Sacristán, hablando básicamente del Paco de los años setenta. Y todavía otra mirada muy cercana, la de Javier Delgado, un amigo de Paco que lo trató sobre todo en los ochenta. Este escritor definía así su primera impresión cuando lo conoció: un tío muy serio con muchas ganas de reír (y compañero de una mujer, Neus, que tenía también una maravillosa forma de reír, con «ese entusiasmo reidor, lagrimeante y cordial del que pocas personas disfrutan»).

*Aquel hombre diez años mayor que yo podía ser más serio pero también más reidor que yo mismo. Lo segundo que me importó fueron unas cuantas charlas muy serias en la cocina de su casa, mientras él iba fregando la vajilla y yo secándola: ese tío tan serio y tan reidor vivía de una forma no muy común (desde luego, no por entonces entre los de su especie y género), al menos no muy común de puertas adentro, que es donde cosas tan serias cuando se hablan parecen tan a menudo pura broma*

*cuando no se ven. No recuerdo nada de lo que hablamos entonces, pero nunca se me olvidará el espumoso mensaje de su lavavajillas.<sup>2</sup>*

Javier evocaba luego otro rasgo de la pareja que lo amistó para siempre: la elegancia de su trato. Lo fácil es ayudar dejando ver que se ayuda, pero lo de Paco y Neus «era otra cosa que si no es elegancia es santidad».

## **Ser idealista cuando se ha conocido el hedor de este mundo**

Un elegante santo laico... Son palabras mayores, pero uno diría que Javier Delgado no exagera. Es difícil que la inteligencia crítica, en el grado en que caracterizaba a Paco, vaya acompañada de la bondad –en el grado que también le caracterizaba a él–. A quienes le conocíamos nos llamaba la atención lo lejos que siempre se situó del oportunismo y la inautenticidad: hacen falta raíces morales hondas para mantener una posición así a lo largo de toda una vida. Y eso él lo hacía sin el menor exhibicionismo, mostrando más que diciendo, haciendo más que hablando. Hay una cita de Albert Einstein –otro de los autores a quienes Paco nos ayudó a leer– que nuestro pensador de Palencia rememoró en varias ocasiones: «Ser idealista cuando se vive en Babia no tiene ningún mérito; pero lo tiene, en cambio, el seguir siéndolo cuando se ha conocido el hedor de este mundo». No cabe duda de que él mismo conoció bien el hedor de este mundo: pero nunca claudicó ante quienes querrían que todo fuese mierda, y nada más que mierda.

## **Alteridad y colonialidad: la reflexión sobre la barbarie de ellos... y de los nuestros**

La preocupación por el otro fue una constante en la vida y obra de Paco Fernández Buey. Eso le condujo a estudiar en profundidad el legado de aquel enorme activista y pensador que fue el fraile dominico Bartolomé de las Casas, con quien nace, nos dice el pensador palentino,

*el discurso del indio metropolitano: la reflexión autocrítica del cristiano humanista, caritativo y práctico que luego, desde el corazón del Imperio, quiere comprender las razones de los amerindios. (...) Desde el punto*

<sup>2</sup> Javier Delgado, “Paco es un tío muy serio”, texto escrito para Paco Fernández Buey en su sexagésimo cumpleaños, en un homenaje organizado por Neus y otros amigos/as.

*de vista del pensamiento crítico no hay nada comparable a un combate como éste de Las Casas en el siglo XVI (Fernández Buey, F. 1999b, pp. 8-9).*

Fernández Buey le ha dedicado ese monumental y radical estudio que es *La gran perturbación*.

Y también ha estudiado la relación de alguien como De las Casas con la variante latina del concepto de tolerancia que representan Montaigne o Leopardi, pensadores que nos hacen intuir un encuentro posible con el otro como un sujeto igual-diferente, en lugar de tratarlo como un objeto de dominio.

*La «tolerancia» de la variante latina, en su versión lascasiana, empieza siendo piedad, compasión del otro; pero, al discutir con la propia cultura, se va haciendo radicalmente crítica de la doble moral, de la existencia de dos varas para medir las (supuestas) barbarie e ilustración de los hombres (Fernández Buey, F., 1995a, pp. 32-33).*

## Ciencia, humanidades y tercera cultura

Debemos a Paco Fernández Buey también notables contribuciones como filósofo de la ciencia. Especialmente en su libro *La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado* (1991), un excelente manual de epistemología en sentido amplio, y en sus dos ensayos sobre Albert Einstein, el gran científico y también gran filósofo del siglo XX (Fernández Buey, F., 2005)<sup>3</sup>.

*La ilusión del método* se nutre, desarrollándolo, de aquel texto seminal de Marx que dice:

*En nuestros días toda cosa parece estar preñada de su contrario. Vemos cómo la maquinaria dotada de la maravillosa fuerza de disminuir y fecundar el trabajo humano, lo mutila y devora hasta el agotamiento. Un extraño conjuro transforma las nuevas fuentes de riqueza en fuentes de miseria. Las victorias de la ciencia parecen pagarse con la pérdida de carácter. A medida que domina la naturaleza el hombre parece sometido por otros hombres o por su propia vileza. Hasta la pura luz de la ciencia*

3 En el prólogo del ensayo *Albert Einstein. Ciencia y conciencia*, definía al gran físico alemán como «un científico-filósofo que sabe pensar en los problemas sustantivos de su ciencia, en las cuestiones de método, y en las derivaciones más generales de las teorías que inventa; y que ha sido, a la vez, un pensador que sabe que la ciencia es también una pieza cultural y que, sabiendo, anticipa lo que podríamos llamar la primera autocrítica de la ciencia en un mundo en el que la ciencia misma está mostrando su lado malo, su peor cara: la de la infatuación».

*parece no poder brillar sino sobre el oscuro trasfondo de la ignorancia. Todos nuestros inventos y todo nuestro progreso parece desembocar en un dotar a las fuerzas materiales de vida espiritual y en la conversión de la vida en estúpida fuerza material.*

Y en ese libro Paco Fernández Buey reflexiona sobre autores tan diversos como Newton-Smith, Einstein o Sacristán, el Watson de la doble hélice, el Wegener de la deriva de los continentes, y Galileo, Goethe y Russell, Brecht y su amada Simone Weil. Parte de la hermosa metáfora de Otto Neurath, cuando escribía:

*Imaginemos que somos como marineros que en alta mar tienen que cambiar la forma de su embarcación para hacer frente a los destrozos de la tempestad. Para transformar la quilla de su nave tendrán que usar maderos a la deriva o tal vez tablas de la vieja estructura. No podrán, sin embargo, llevar la nave a puerto para reconstruirla de nuevo. Y mientras trabajan tendrán que permanecer sobre la vieja estructura de la nave y luchar contra el temporal, las olas desbocadas y los vientos desatados. Ese es nuestro destino como científicos.*

Y diríamos que también como ciudadanos.

Y por supuesto, y desde el propio título, *La ilusión del método*, aludía también al Gramsci de los *Quaderni*: «Toda investigación tiene su propio método. Creer que es posible desarrollar y avanzar una investigación científica aplicando un método tipo es una extraña ilusión que tiene poco que ver con la ciencia...» Este fue el punto de vista metodológico –y anti-metodológico– de nuestro pensador palentino: no resulta razonable pensar que es posible desarrollar una investigación científica, en todo tiempo, tema y circunstancia, aplicando un método de tipo general, lo que sería el método científico.

*La ilusión del método*, como señalaba Paco Fernández Buey en el prefacio del ensayo, es una reflexión histórico-crítica o crítico-filosófica sobre epistemología contemporánea. La entonces llamada *nueva filosofía de la ciencia* implicaba un cambio de enfoque respecto al edificio teórico normativo construido durante los años cuarenta y cincuenta del siglo xx; un cambio que suponía pasar del análisis de la estructura de las teorías científicas a la historia de la formulación de la mismas, de la filosofía de la ciencia a la sociología y política de la ciencia. Un cambio que Paco relacionaba con el aumento del interés teórico por la función social de la ciencia y con la cada día más extendida preocupación por las implicaciones del

complejo científico-técnico, que «había conducido a una crisis de legitimidad de la ciencia misma o una alianza impía entre científicismo e irracionalismo».

Y en esa tarea de atar los dos cabos sueltos —el interés por la función social de la ciencia y el miedo por las implicaciones de la tecnociencia—, y sin caer en ninguna apología ingenua del filosofar espontáneo del científico, Paco Fernández Buey siempre eligió el filosofar del científico acerca de sus prácticas por encima de la filosofía licenciada e institucionalizada de la ciencia.

### Necesidad de una «tercera cultura»

*Desconocer que la cultura científica es parte esencial de lo que llamamos cultura (en cualquier acepción seria de la palabra) y despreciar la base naturalista y evolutiva de las ciencias contemporáneas equivale en última instancia, y en las condiciones actuales, a renunciar al sentido noble (griego, aristotélico) de la política, definida como participación activa de la ciudadanía en los asuntos de la polis socialmente organizada.*

Paco Fernández Buey, que trabajó intensamente sobre estos asuntos en el último tramo de su vida<sup>4</sup>, defendía la necesidad de incorporar la cultura científica a la discusión ética, jurídica y política. Y subrayaba que sin cultura científica, sin la máxima cultura científica de la que seamos capaces, no había posibilidad de intervención razonable en el debate público sobre la mayoría de las cuestiones que importan a las comunidades. Pues la ciencia, en sentido amplio, es ya parte sustancial de nuestras vidas.

La mayoría de las discusiones públicas relevantes, ético-políticas o ético-jurídicas, requieren el máximo conocimiento posible del estado de la cuestión de las ciencias naturales: biología, genética, neurología, ecología, física nuclear, termodinámica. Y concretaba Paco con ejemplos significativos.

Para orientarse en los debates sobre la actual crisis ecológica, la posibilidad de un desarrollo sostenible, el uso de los recursos fósiles o las energías renovables, necesitamos comprender los principios de la termodinámica, la idea de entropía y la flecha del tiempo, como ya mostraron Barry Commoner, José Manuel Naredo y Manuel Sacristán. Y para entender la necesidad de una ética medioambiental

<sup>4</sup> Y dejó en avanzado estado de composición el manuscrito de *Para la tercera cultura*, libro póstumo editado y publicado a finales de 2013.

no antropocéntrica ayuda conocer la teoría de la evolución, como demuestra el paleontólogo Stephen Jay Gould.

Para empezar a combatir con argumentos racionales el racismo y la xenofobia ayuda, y mucho, el conocimiento de la genética de poblaciones. Para repensar lo que habitualmente se llama «alma» y «conciencia», base de la sensibilidad moral de los seres humanos y objeto, durante mucho tiempo, de la atención exclusiva de la religión y de la filosofía (aquello que Ramón y Cajal había llamado «las misteriosas mariposas del alma»), ayudan las reflexiones de Francis Crick sobre la estructura neuronal del cerebro.

En todo ello, Paco Fernández Buey aboga por un enfoque naturalista dentro de un contexto evolucionista y sistémico, pero conservando al mismo tiempo la autonomía de un filosofar que se quiere *filosofía mundana* o pública, lejos de las viejas tentaciones de construcción de sistemas metafísicos omnicomprensivos.

## Un camino de doble vía

Pero para transitar este camino de doble vía, resulta también evidente que los científicos necesitan formación humanística. Porque la ciencia sin más no genera conciencia ético-política; del conocimiento científico no se deriva directamente una conciencia ciudadana crítica. Como clásicamente sentenció Einstein, no se puede demostrar científicamente que no haya que exterminar a la humanidad. Las ciencias de la naturaleza y de la vida dicen poco sobre las razones que mueven al ser humano a pasar de la teoría, a la decisión de actuar en favor de la eliminación de las armas de destrucción masiva, la conservación del medio ambiente, la sustentabilidad del modo de producir y de vivir, el respeto a la diversidad o la protección de los animales no humanos.

Paco Fernández Buey cita una declaración autocrítica del genetista francés Albert Jacquard:

*Gracias a la biología, yo, el genetista, creía ayudar a la gente a que viese las cosas más claramente, diciéndoles: vosotros habláis de raza, pero ¿qué es eso en realidad? Y acto seguido les demostraba que el concepto de raza no se puede definir sin caer en arbitrariedades y ambigüedades [...] En otras palabras: que el concepto de raza carece de fundamento y, consiguientemente, el racismo debe desaparecer. Hace unos años yo habría aceptado de buen grado que, una vez hecha esta afirmación, mi*



*trabajo como científico y como ciudadano había concluido. Hoy no pienso así, pues aunque no haya razas la existencia del racismo es indudable.*

Decía Paco Fernández Buey que el humanista de nuestra época no tenía por qué ser un científico en sentido estricto (ni seguramente podía serlo), pero tampoco tenía por qué ser la contrafigura del científico natural o «el Jeremías, siempre quejoso ante las potenciales implicaciones negativas de tal o cual descubrimiento científico o de tal o cual innovación tecno-científica». Si se limitaba a ser esa contrafigura, el humanista tenía todas las de perder. Según Paco, el humanista de nuestra época podría ser también un amigo de la ciencia, como lo eran, a veces, «los críticos literarios o artísticos, equilibrados y razonables, de los narradores, de los pintores y de los músicos». Pero eso exige reciprocidad. La manera de entender la reciprocidad entre la cultura humanista y la cultura científica, y la asunción compartida del *ignoramos e ignoraremos* (tal como fue formulada en 1872 por el fisiólogo alemán Emil du Bois-Reymond), eran dos factores esenciales para perfilar el tipo de tercera cultura que se necesitaba al empezar el siglo XXI.

Si hemos de aspirar en el siglo XXI a una tercera cultura, a otra cultura, y a una ciencia con conciencia, el éxito de esta aspiración depende tanto de la capacidad de propiciar el diálogo entre filósofos y científicos como de la habilidad y precisión de la comunicación científica a la hora de encontrar las metáforas adecuadas para hacer saber al público en general lo que la ciencia ha llegado a saber sobre el universo, la evolución, los genes, la mente humana o las relaciones sociales.

## Conciencia de especie

En la naturaleza hay tanto competición como cooperación (aunque estas últimas dinámicas tiendan a verse oscurecidas por la ideología dominante). Todos los mamíferos sociales hemos desarrollado elaboradas estrategias de cooperación. Nuestro problema hoy es que estas dinámicas cooperativas «naturales» *lo son dentro de grupos cercanos* (los «endogrupos» de los que hablan los sociólogos, diferenciándolos de los «exogrupos»): y hoy tendríamos que ser capaces de dar un salto cualitativo más allá de los grupos cercanos... «A la globalización de la economía tiene que corresponder una ética mundial basada en la conciencia de especie (...). Sólo que la conciencia de especie está aún por construir» (Fernández Buey, F., 2000, p. 114). En efecto, un concepto clave que el ecologismo elaboró desde los años setenta, y que recogieron Manuel Sacristán y sus colaboradores, es

el de *conciencia de especie*. No se trata solo de la milenaria aspiración político-moral a superar el tribalismo (aspiración que nos acompaña al menos desde la «Época Axial» que teorizó Karl Jaspers), sino de algo más, que tiene que ver con la peligrosidad de la tecnociencia y con la evolución hacia «una sola humanidad» en la Edad Moderna:

*Entiendo por conciencia de especie la configuración culturalmente elaborada de la pertenencia de todos y cada uno de los individuos humanos a la especie Homo sapiens y, por tanto, no sólo la respuesta natural reactiva de los miembros de la especie humana implicada en el hecho biológico de la evolución. En este sentido, se podría decir que la configuración de una conciencia de especie corresponde a la era nuclear –o mejor aún: de las ramas de destrucción masiva– y a la época de la crisis ecológica global y de las grandes migraciones intercontinentales, como la conciencia nacional correspondía a la época del colonialismo y la conciencia de clase a la época del capitalismo fabril (Óp. Cit., pp. 137-138).*

## Hacer confluír lo diverso en un movimiento unitario de supervivencia y emancipación

Desde nuestro presente, sabemos que diez años de trabajo intelectual y político de Paco, en este tiempo ominoso que es el nuestro, hubieran cundido mucho más que veinte o treinta años de quienes le hemos acompañado en algunas de esas tareas. No le han sido concedidos, y eso es una pérdida grande para quienes le sobrevivimos. Nos corresponde a quienes aún queramos seguir peleando por «una humanidad libre en una Tierra habitable»; tratar de compensar esa pérdida incrementando nuestro esfuerzo.

Cuánto echaremos de menos su paciente trabajo en contra de los sectarismos que hacen tanto daño a la izquierda en nuestro país de países... En Paco las pulsiones cainitas no encontraban apoyos. Cuántas veces volvía, desde hace decenios, a la idea de juntar aquello que se separó después de la Primera Internacional: ¿por qué no podrían dialogar y trabajar juntos socialistas y libertarios, anarquistas y comunistas? Para Paco resultaba del todo natural la idea de construir, sumar, hacer confluír, sin que ello supusiera hacer dejación de las propias ideas y valores, sino al contrario: someterlas a ese necesario e irrepitible proceso de crítica que se deriva del encuentro real con la otra, con el otro. Como él decía:

*La unidad en un movimiento social se hace siempre de diversidades escrupulosamente toleradas. Nunca hay unidad en el sentido de unanimidad de criterio en un movimiento social. Eso sería un cementerio y el SDEUB [Sindicato Democrático de Estudiantes de la Universidad de Barcelona] fue, mientras existió, un organismo muy vivo. (...) La mayoría de los estudiantes de entonces no aspirábamos a la comunión de los santos, sino sólo a unir fuerzas (lo que en aquellas condiciones ya era cosa difícil) a favor de una universidad y una sociedad democráticas en la que se superaran las barreras de todo tipo (autoritarias y clasistas) existentes (Fernández Buey, F., 2009a, p. 23).*

Qué falta nos hará ese atento discernimiento suyo aplicado a los movimientos sociales y –antes de su constitución como tales movimientos– a lo prepolítico, a esas corrientes e inquietudes culturales donde se van definiendo las vías por donde después transitará –o no– la sociedad... Cuánto vamos a necesitar conservar su memoria viva. Lo cual, no nos engañemos, puede resultar difícil en los tiempos de brutal ofensiva capitalista que vivimos.

## ¿Socialismo en el siglo xxi?

Años después de la muerte de su maestro Manuel Sacristán, respondiendo a un cuestionario, Paco Fernández Buey declaraba:

*Sacristán ha sido uno de los poquísimos pensadores valiosos de este país que siguió llamándose comunista hasta la muerte, a pesar de sus diferencias con el partido comunista. Y eso, en los tiempos que corren, se paga. Pero si uno se fija bien verá que la animadversión actual (o el pacto de silencio) se da casi siempre entre los “letratenientes” y políticos de profesión que necesitan borrar las huellas de su pasado, no entre quienes aman la inteligencia y la libertad de pensamiento independientemente de sus preferencias ideológicas.*

Paco Fernández Buey ha muerto un cuarto de siglo después de su maestro: podemos esperar similares estrategias de ocultación y olvido con respecto a él, porque él también fue «uno de los poquísimos pensadores valiosos de este país que siguió llamándose comunista hasta la muerte, a pesar de sus diferencias con el partido comunista». Hojeaba durante estas últimas semanas cuadernos de trabajo antiguos: en los míos hay muchas huellas de Paco. Hace poco más de veinte

años, en enero de 1992, tuvo lugar una reunión –una de las muchas reuniones político-intelectuales en las que participó Paco– entre la redacción de la revista *Mientras tanto* y los autores del manifiesto ecosocialista –militantes franceses, alemanes, portugueses...– que la propia revista había traducido y publicado en español un año antes. En cierto momento Paco dijo:

*El nombre del “socialismo” está manchado para décadas; pero lo que su concepto representa es la única esperanza para dos terceras partes de la humanidad, quizás. (...) No vale la pena abandonar las palabras, porque lo que hemos de hacer es reconstruir los conceptos (como tuvieron que hacerlo los cristianos cuando el Sermón de la Montaña se trocó en poder político despótico).*

Resulta lamentable que el capitalismo se esfuerce con tanto ahínco por perdurar, porque no tiene futuro. Un sistema socioeconómico tan autodestructivo tiene los lustros contados. Lo terrible es cómo, en esa lucha agónica por perseverar en la existencia, la agitación del monstruo –llamémoslo, por ejemplo, Juggernaut– destruye las condiciones que permitirían a los seres humanos una vida buena en el planeta Tierra.

No sabemos si habrá socialismo en el siglo **xxi**, porque la disyuntiva «socialismo o barbarie» se ha entenebrecido aún mucho más desde que fue formulada, hace más de un siglo. Pero si la humanidad supera el tiempo terrible que tenemos por delante, la Gran Prueba en la que ya estamos, podemos estar razonablemente seguros de que habrá socialismo en el siglo **xxii**.

En qué cabe creer en estos tiempos sombríos, me preguntan, me pregunto. Sigo contestando: en las posibilidades del ser humano. Solo en un 10%, creer en lo que el ser humano es; en un 90%, en lo que podría ser. Y creer en algunos maestros muertos. Paco nos dejó en agosto de 2012, y es insustituible.

## **No puede ser el cuervo más negro que sus alas**

Siendo Paco Fernández Buey la clase de persona que era, estando aquí reunidas buenas gentes que compartieron con él un ideario de emancipación humana, no resultaría extraño terminar este discurso exclamando: ¡hasta la victoria siempre! Y por cierto, que Paco siguió cordialmente cercano a la figura de Ernesto Guevara a lo largo de toda su vida. Con la edición que preparó de *Escritos revolucionarios del Che*, se abrió en 1999, precisamente, otro de los empeños que tuve la suerte

de compartir con Paco: la colección de *Clásicos del pensamiento crítico*, que ha tratado de mantener desde entonces, fluyentes los manantiales vivos de la inteligencia rebelde del mundo. Sobre Guevara escribió entonces Paco las siguientes líneas, que podríamos aplicar también a Sacristán y a él mismo:

*Fue un marxista y un comunista inclasificable entre las corrientes de la época. Incómodo, heterodoxo, crítico de las burocracias y de casi todo lo que navegó en su época bajo el rótulo de "socialismo real". Nada que ver, por tanto, con el marxista académico ni con el estalinista de aparato. Nada que ver con ninguno de los marxismos científicos que dominaron en la década de los sesenta; nada que ver con el comunismo cristalizado en poder. (...) Quiso ser un "hombre nuevo" en un mundo todavía viejo. Y lo consiguió de la única manera en que eso se puede lograr en un mundo socialmente dividido y desigual: con conciencia trágica de la contradicción propia, con pesimismo analítico y optimismo de la voluntad, con cierto estoicismo fatalista que, contra lo que dice el tópico, no es siempre fundamento de inactividad o resignación sino, a veces, y es el caso, fuente de rebeldía (Fernández Buey, F., 1999, p. 17).*

Pero los terribles tiempos que vivimos no son propicios para la épica de altos vuelos. Quizá «hasta la victoria siempre» sea un saludo –o una despedida– demasiado prometeica para esa «fuerza mesiánica débil» en la que –con Walter Benjamin– seguimos esperando. Cada vez me interesa más la máxima que proponía Samuel Beckett: fracasar mejor. Y es que estigmatizar el fracaso, o pretender eliminarlo –con ilusoria inconsciencia–, equivale a desertar de la vida. Paco no estaba en eso. Igual que su maestro Manuel Sacristán, era partidario de reconocer las derrotas sin gastar eufemismos ni aplicar paños calientes –eso sí, sin perder por ello el buen humor–. Querido Paco, amigo Paco, compañero Paco: la próxima vez –en ese socialismo del siglo XXI, o del siglo XXII, que lograremos construir si no nos despeñamos antes en los insondables abismos de barbarie que están abiertos ante nosotros– la próxima vez fracasaremos mejor.

«Fracasar mejor» no es una consigna derrotista, sino una propuesta de acción desde la finitud humana en la que, creo, Paco se reconocería. Sin resignación, sin desencanto y sin dejar de llamar mierda a la mierda. Porque, como sabía Manuel Sacristán, «una cosa es la realidad y otra la mierda, que es sólo una parte de la realidad, compuesta, precisamente, por los que aceptan la realidad moralmente, no sólo intelectualmente» (Sacristán, M., 2003). Paco, en los últimos tres o cuatro lustros de su vida, se reconocía a sí mismo como un *marxista leopardiano*:

*Los marxistas en general han sido optimistas históricos, y Leopardi es un pesimista respecto a las relaciones humanas, la historia, etc. John Berger, en uno de sus ensayos, se pregunta: ¿se puede ser marxista y al mismo tiempo pesimista como Leopardi, manteniendo además la esperanza en que habrá en el futuro cambios sociales, económicos, culturales...? A lo que yo respondí afirmativamente. Creo que el marxismo del siglo XXI debe corregir su optimismo histórico, heredado de Hegel y el hegelianismo; como decía Gramsci –el pensador que más aprecio–, debemos ser pesimistas por inteligencia y optimistas por voluntad (Fernández Buey, F. (entrevista), 2012-13, pp. 15 y 27).<sup>5</sup>*

En uno de sus artículos para el diario *Público*, hace cuatro años, Paco recordaba el refrán castellano «no puede ser el cuervo más negro que sus alas».

*Con él, otro humorista grande, Mateo Alemán, daba a entender que, tras un gran mal, los que vinieran serían llevaderos o, en cierto modo, menores. Es lo que corresponde al optimismo de la voluntad que acompaña al pesimismo de la inteligencia de los de abajo. Nunca sabemos del todo lo que el capitalismo es o puede llegar a ser. Pero hemos visto muchas veces las alas del cuervo y parece que, efectivamente, el cuervo mismo no puede ser más negro que sus alas (Fernández Buey, F., 2009b).*

## El comunismo es el término medio

Desde cierta tradición comunista se ha podido decir: lo que importa de un hombre son sus consecuencias. Es un punto de vista comprensible –desde el crujir

5 En el mismo sentido: «Optimismo y pesimismo son palabras que se usan habitualmente para expresar estados de ánimo. Cuando se utilizan para calificar filosofías o filósofos hay que andarse con cuidado. La mayoría de los pensadores habitualmente calificados de pesimistas antropológicos a mí me dan ánimos para seguir resistiendo. Eso me pasa leyendo a Maquiavelo, a Gracián, a Leopardi, a Schopenhauer, a Weber, a Einstein, a Camus o, más recientemente, a Alexandr Zinoviev. Cuando era joven hice mía la palabra de Gramsci: *pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad*. Ahora que ya no lo soy me considero un marxista leopordiano.» Paco Fernández Buey, entrevista en Sevilla, el 23 de noviembre de 1999 (puede consultarse en <http://tratarde.org/una-entrevista-con-paco-fernandez-buey-en-1999>). La reflexión continúa así: «Esto lo descubrí leyendo a John Berger. En cierto modo la naturaleza “nos ha abandonado”: ella a nosotros. Pero lo que llamamos naturaleza o condición humana es algo tan plástico que no se presta a hacer predicciones, ni optimistas ni pesimistas. Si hay que atenerse a la experiencia histórica habría que decir que el *Homo sapiens sapiens* ha aprendido la mayor parte de las cosas importantes por *shock*, a golpes. Llevamos siglos intentando racionalizar esto sin éxito. El método científico es lo que más se acerca a un conocimiento equilibrado, medido, de la naturaleza y del hombre. Por tanto necesita también su bozal...»

de dientes que generaban las terribles experiencias del siglo xx– pero demasiado limitado. Para empezar, deja de lado a las innumerables víctimas de la historia pasada y su insatisfecho anhelo de justicia, al que otra parte de la tradición comunista fue tan sensible. Diríamos, quizá, que lo que importa de un ser humano son sus vínculos –en presente, pasado y futuro–, más allá de etnocentrismos, sexismos y otros egoísmos de grupo; más allá, incluso, de los límites de nuestra especie. En todas estas dimensiones, y en círculos concéntricos, Paco fue, es y será un ser humano muy importante. También para mucha gente que no lo conoció en vida, pero que seguirá calentándose en la brasa de su inteligencia cordial, a través de la lectura, dentro de muchos años.

Uno de los sabios de quienes se sentía cerca Paco –igual que su maestro Manuel Sacristán–, el griego Epicuro de Samos, escribió –en uno de los escasos fragmentos suyos que nos han llegado–:

*Nacemos una sola vez y dos no nos es dado nacer, y es preciso que la eternidad no nos acompañe ya. Pero tú, que no eres dueño del día de mañana, retrasas tu felicidad y, mientras tanto, la vida se va perdiendo lentamente por ese retraso, y todos y cada uno de nosotros, aunque por nuestras ocupaciones no tengamos tiempo para ello, morimos (Epicuro, en Olañeta, 2007).*

Paco tuvo tiempo para bien vivir, casi siete decenios, y luego, en el verano de 2012, tuvo tiempo para morir. Lo hizo con una discreción y serenidad que revelaron, otra vez, su temple admirable.

Voy concluyendo. Un rasgo de Paco Fernández Buey que llamaba mucho la atención –ya desde su juventud, según cuentan quienes lo trataron entonces– era el equilibrio: se trataba de un ser humano muy equilibrado. Lo cual resulta mucho más infrecuente de lo que podría parecer: uno tiene motivos para sospechar que, antropológicamente, somos seres muy descompensados; a lo que culturalmente se añaden toda clase de desequilibrios... Pero qué bien retratan a Paco, en eso, algunos de los títulos y subtítulos de sus libros: *Discursos para insumisos discretos*; la propuesta de un *racionalismo bien temperado*... Cuando pienso en él, me acuerdo muchas veces de aquel gran poema de Brecht sobre el comunismo como término medio, con el que concluiré estas líneas. «El comunismo no es radical. Lo radical es el capitalismo», recordaba Walter Benjamin evocando este poema de su amigo Brecht.

## EL COMUNISMO ES EL TÉRMINO MEDIO

Llamar a derrocar el orden existente  
parece espantoso.  
Pero lo existente no es ningún orden.

Recurrir a la fuerza  
parece malo.  
Pero dado que la fuerza se pone en práctica  
de modo rutinario, no es nada del otro mundo.

El comunismo no es lo extremo  
que sólo puede realizarse en una pequeña porción  
sino que antes de que esté realizado del todo  
no hay ninguna situación soportable  
ni siquiera para los insensibles.

El comunismo es en realidad la exigencia mínima  
lo más inmediato, moderado, razonable.  
Quien se opone a él no es un pensador discrepante  
sino un irreflexivo o quizá alguien  
que sólo piensa en sí mismo  
un enemigo del género humano  
espantoso  
malo  
insensible  
alguien que quiere lo extremo, eso que si se realiza incluso en una mínima  
[porción  
arruinará a la humanidad entera.

*Bertolt Brecht (1933)<sup>6</sup>*

---

6 Me animo a traducir el poema de Brecht como homenaje al amigo desaparecido.



## Referencias

- Corominas, A. (2013). Francisco Fernández Buey, dirigente estudiantil. *Mientras tanto* 119, p. 41. Barcelona.
- Epicuro (2007). *Sentencias vaticanas*, 14. En: Olañeta. *Cartas y sentencias*. Palma de Mallorca.
- Fernández Buey, F. (1986). *Albert Einstein filósofo de la paz*. Valladolid: Publicaciones del Centro de Información y Documentación para la Paz y el Desarme.
- Fernández Buey, F. (1991). *La ilusión del método. Ideas para un racionalismo bien temperado*. Barcelona: Ed. Crítica. 2ª ed.: 2004.
- Fernández Buey, F. y Riechmann, J. (1994). *Redes que dan libertad. Introducción a los nuevos movimientos sociales*. Barcelona: Paidós.
- Fernández Buey, F. y Riechmann, J. (1996). *Ni tribunos. Ideas y materiales para un programa ecosocialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Fernández Buey, F. y Riechmann, J. (Coord.). (1998). *Trabajar sin destruir*, Madrid: Eds. HOAC.
- Fernández Buey, F. (1998). *Marx (sin ismos)*. Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.
- Fernández Buey, F. (1995a). *La gran perturbación*. Barcelona: Eds. Destino.
- Fernández Buey, F. (1995b). *La barbarie: de ellos y de los nuestros*. Barcelona: Paidós.
- Fernández Buey, F. (1999a) Ernesto 'Che' Guevara, ayer y hoy. Introducción a Guevara. En: *Escritos revolucionarios*, p. 17. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Fernández Buey, F. (1999b). Introducción. En: B. de las Casas. *Cristianismo y defensa del indio americano*, pp. 8-9. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Fernández Buey, F. (2000). *Ética y filosofía política*. Barcelona: Edicions Bellaterra.
- Fernández Buey, F. (2005). *Albert Einstein. Ciencia y conciencia*. Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.
- Fernández Buey, F. (2007). *Utopías e ilusiones naturales*. Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.
- Fernández Buey, F. (2009a). *Por una universidad democrática*. Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.

- Fernández Buey, F. (2009b). Rebeldía en horas bajas. Periódico *Público*, 13 de marzo.
- Fernández Buey, F. (2012-2013) No nos resignemos a lo que hay (entrevista). *Papeles de relaciones ecosociales y cambio global*, 120, pp. 15 y 27. Madrid.
- Fernández Buey, F. (2013). *Para la tercera cultura. Ensayos sobre Ciencias y Humanidades*. Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.
- Garibay, A. M. (Ed.). (1962). *Poesía indígena de la altiplanicie*. México DF: UNAM.
- Gedichte, G. (1981). Poesía completa, V.2., pp. 503-504. Suhrkamp, Francfort del Meno.
- Grau, E., Ibáñez, V. y Ribera, I. (2013). La exquisita tarea de amar y vivir. *Mientras tanto* 119, p. 68. Barcelona.
- Mir, J. (2013). Francisco Fernández Buey: vida y obra con conciencia e ilusiones. *Mientras tanto* 119, p. 72. Barcelona.
- Sacristán, M. (1963,). *Studium generale para todos los días de la semana*. Barcelona: Icaria. Luego en *Intervenciones políticas (Panfletos y materiales III)* 1985.
- Sacristán, M. (1987). Comunicación a las jornadas de ecología y política, 1979. *Pacifismo, ecología y política alternativa*, p. 12-13. Barcelona: Icaria.
- Sacristán, M. (2003). *M.A.R.X. (Máximas, aforismos y reflexiones con algunas variables libres)*, sección I, aforismo 16. S. López Arnal (Ed.). Barcelona: Los Libros del Viejo Topo.